

:: TEXTO DE CREADOR

La reunión: el infierno del poder

Trinidad González J.

Atriz, docente, directora y dramaturga chilena. Junto al grupo Teatro en el Blanco realiza los montajes *Neva* (2006) y *Diciembre* (2008), dramaturgia y dirección de Guillermo Calderón. Dirige las obras *Gritos y susurros* (2005), *Insomnio* (2008), *Fiesta* (2009) y *Al azar* (2012). El año 2012 debuta como dramaturga con la obra *La reunión*, trabajo que dirige y que realiza junto a la compañía Teatro en el Blanco.

Recuperar al ser humano

Creo que uno de los grandes poderes del arte y del teatro en particular es la posibilidad de cuestionar. Es un espacio para la reflexión, donde el ser humano se enfrenta a sí mismo, tanto en su dimensión personal como social. Quien hace teatro no solo tiene el poder de crear una realidad mediante la ficción, sino también de modificar la realidad. Por esta razón, entender el teatro como un mero espectáculo es atentar contra su naturaleza. El argumento de una obra nunca debiera ser ficción por la mera ficción, así como el fenómeno del teatro no es solo entretenimiento. Debe tocar al ser humano de manera profunda, hacerse cargo de sus dolores y esperanzas, cuestionarlo, lanzando preguntas para que el espectador reflexione. De esta manera el teatro va "a lo más oscuro para iluminarlo", o sea, se sumerge en el ser humano y lo devela. El público asiste para eso, para enfrentarse a sí mismo y experimentar otras posibilidades de realidad. Por esto, el teatro debe tener una opinión sobre el ser humano, de otra forma no tiene sentido hacerlo. Es un espacio de lucha, de enfrentamiento, de provocación.

El teatro es un arte que sucede en el presente y de ahí su impresionante vitalidad. Por lo mismo nos produce desolación ver teatro muerto o de museo, donde pareciera que estamos frente a un encuentro de fantasmas, de muñecos de cera. No culpo al público por alejarse de ese teatro. Más allá de cualquier virtuosismo, lo más importante es tener algo que decir, tener una opinión y salir al escenario a defenderla. Sabemos que hay un público que la va a escuchar, y eso nos convierte en verdaderos agentes de cambio. Por eso, y a pesar de cualquier dificultad, el oficio del teatro debe ser abordado con alegría, con la enorme alegría de saber que nuestro trabajo vale la pena, que es necesario para otros y no solo para nosotros como artistas.

Vivimos en una sociedad obsesionada por el progreso, el que supuestamente está al servicio del ser humano, pero la triste realidad es que es el ser humano quien está al servicio del progreso. El Estado prioriza el avance tecnológico, o más bien en nuestro país, prioriza la importación de tecnología, porque es la herramienta del progreso, pero detrás del Estado están los verdaderos poderes, que rara vez se detienen a pensar en cuánto lo necesitamos realmente y a quiénes beneficiará. El progreso es necesario, pero cuando quien lo administra no tiene en considera-

ción las necesidades de todos, entonces se vuelve una trampa, un espejismo que paraliza al ser humano, lo atrofia, porque lo separa de sus instintos. Yo temo que nos transformaremos en un mundo alienado, de sociedades sin diversidad particular y, finalmente, en seres humanos desvinculados de nuestros sentidos y cada vez más solos.

Por eso el teatro debe “recuperar” al ser humano. Nuestro arte es en su esencia un fenómeno colectivo, que nos devuelve la esperanza de una vida más comunitaria. La única forma de que el teatro siga siendo vital en un mundo cada vez más enajenado, es que nos concentremos en el ser humano, en sus ideas y sentimientos. Si para el Estado, o los poderes fácticos, o quién sea que esté detrás de cómo se maneja el mundo, la tecnología es un arma para incomunicarnos, para la gente de teatro debiera ser una herramienta. Digo esto porque abundan los montajes cargados de elementos tecnológicos, pero cuesta encontrar propuestas en que la presencia de esos elementos vaya en función de las ideas. Todos los elementos de una obra tienen que estar al servicio de lo que se quiere decir. Finalmente, nada puede competir con el hecho de tener en vivo a un ser humano expresándose, y si vamos a la esencia de nuestra disciplina, para hacer teatro solo se necesita un espacio, algo que decir, alguien que lo diga y un público que lo quiera escuchar.

Nuestra historia. Familias enteras deciden morir

En general se nos enseña la historia desde el punto de vista del colonizador. Se nos dice que los españoles fueron héroes que llegaron a salvar de la barbarie y precariedad cultural a los pueblos indígenas que vivían en América. Desde muy niños nos aprendemos nombres de héroes colonizadores y fechas de sus hazañas. No recuerdo que se me enseñara con la misma pasión los nombres de los pueblos originarios y sus culturas. Se habla de “indios” pretendiendo aunar en ese concepto a todas las culturas precolombinas, pasando por alto la enorme diversidad que existía a la llegada de los españoles. Se hablaba del conquistador como un salvador, un hombre aventurero y valiente que trajo la misión de convertir al “indio” a la civilización a través de su religión, idioma y cultura, como si los pueblos originarios de América hubieran carecido totalmente de eso.

Recuerdo haber escuchado en las clases de historia sobre los excesos cometidos por los españoles, pero jamás el relato de dichos excesos fue enfrentado directamente en las clases ni sujeto a discusión. Se nos hablaba de la Reina Isabel la Católica como la “Reina indigenista” porque protegió a los indios de la esclavitud. Cristóbal Colón aparecía como un líder valiente y visionario, un hombre con determinación y coraje. Qué injusto.

El trato con los indígenas fue brutal, tan brutal que muchos de ellos tomaron el camino del suicidio como única salida. En *La reunión* la Reina Isabel dice “Familias enteras deciden morir. Toman brebajes y ahorcan a sus hijos” (125), y lo más triste es que no es ficción. Las familias se suicidaban juntas para no someterse a la tiranía del conquistador. Las madres ahorcaban a sus hijos. Se tomaban hierbas letales y morían juntos en la oscuridad del bosque. Simplemente aterrador. Nada de eso aparece en nuestros libros de historia. Me refiero a los libros que se nos entregan en el colegio, los que debieran conformar la base de nuestros parámetros valóricos como sociedad. Tampoco se dice nada del nefasto período de la “Pacificación de la Arauca-



La reunión. Dramaturgia y dirección: Trinidad González. Teatro en el Blanco, 2012. Fotografía: Tomás González.

nía". Se enseña como un episodio de la historia de Chile, pero ningún profesor me dijo algo así como "ahí empezó el robo de tierras a los Mapuche por parte del Estado de Chile". Tengo total conciencia de que mi paso por la enseñanza escolar fue hace veinte años, seguramente ahora existe una visión menos unilateral de nuestra historia, pero es imposible que las cosas hayan cambiado sustancialmente. A fin de cuentas, quienes planifican lo que los niños estudian hoy, defienden los intereses de quienes no están dispuestos a darle a los pueblos originarios el lugar que se merecen, tanto en la historia como en la sociedad de hoy en día.

Así como no existe una enseñanza que sea justa con los hechos, tampoco es justo el trato que se le da al tema por parte de los medios de comunicación. Lamentablemente los periódicos, las radios y los canales de televisión, hace tiempo dejaron de cumplir su rol de comunicadores. A ellos no les interesa mantenernos informados o "comunicados", ellos existen para velar por los intereses de los poderes a quienes pertenecen. Poderes que se establecieron en nuestra sociedad desde la llegada de los españoles y que se han perpetuado gracias al Estado. Lo triste es que cuando el Estado quiso hacer algo, ahí estuvieron los militares para darle atajo. Los medios de comunicación son la censura. Hoy solo por internet podemos enterarnos de la persecución de la que son víctimas los Mapuche, y exclusivamente gracias a personas que desafían el peligro con tal de dejar registro de los hechos. Irónicamente habrá que darle las gracias a la tecnología. Pero esta realidad es un problema que va más allá de nuestras fronteras. La visión apocalíptica de la Reina Isabel, "...familias enteras deciden morir...", es absolutamente contingente: hoy mismo, año 2013, la etnia Guaraní-Kaiowá planea un suicidio colectivo porque saben que serán expulsados de sus tierras por el bien del "progreso". El Estado brasileño defiende los intereses de empresas extranjeras y los medios de comunicación brasileños guardan silencio. La misma historia. Si vamos todavía más allá, a la cantidad de información que se nos oculta a nivel mundial, nos quedaríamos sin palabras, pero entrar ahí nos alejaría del tema central de esta reflexión.

Latinoamérica es un continente riquísimo, de una diversidad cultural enorme, pero mientras sigamos estudiando la historia desde la mirada colonizadora y mientras los medios de comunicación insistan en demonizar cualquier intento de reivindicación de los pueblos originarios, nunca encontraremos nuestra identidad. Debemos entendernos desde la diversidad, y respetar tanto al indígena como al hijo de inmigrante europeo o al nieto del africano que llegó como esclavo. Somos esa mezcla. Debemos dejar de ser un continente acomplexado, que a veces mira con los ojos desesperanzados del vencido, y otras con la arrogancia del vencedor. Debemos darle el valor

que se merece a cada cultura, pero sobre todo, a cada cultura precolombina, por el orgullo de saber qué parte nuestra viene de allá. Orgullo por nuestros orígenes indígenas. Empatía por su incalculable sufrimiento.

Seres humanos en conflicto

Mi opción al escribir *La reunión* fue retratar a la Reina y a Colón como dos seres humanos en conflicto y no como los líderes resueltos que nos muestra la historia. Decidí representarlos como dos seres repletos de temores, tristezas y rencores. Cada uno deambula por *La reunión* intentando justificar sus actos y alivianar su responsabilidad culpando al otro.

La Reina sabe que va a morir durante el transcurso de la noche y está llena de miedo y tristeza. Se culpa por la esclavitud de los indios y el maltrato que han recibido, y siente terror de Dios porque será Él quien juzgue sus actos. La Reina dice; "...generalmente son los hombres los que se alejan de Dios. En mi caso es Él el que se aleja de mí" o "siento que cuando rezo Él ya no me contesta" (117). Percibe el enojo de Dios por todo el dolor causado en "Las Indias", pero su arrogancia le impide reconocer su responsabilidad y lo que hace es culpar a Colón por todos los excesos, actuando ella misma como una víctima. La Reina deambula entre su espíritu y su materia, la mujer atormentada a punto de morir y la fuerte gobernante que ambiciona una España grande y poderosa. Colón conoce los puntos débiles de la Reina y la manipula durante toda la obra para que ella ceda a su favor y le devuelva el poder político de "Las Indias", dejándolo gobernar soberanamente.

El retrato que hago de Colón es el de un hombre profundamente complejo, indescifrable. Por un lado es un hombre evidentemente ambicioso y egocéntrico que está dispuesto a todo por obtener el poder, pero por otro lado representa a la clase trabajadora, a todos los que sueñan con un futuro mejor para ellos y sus hijos. Habla por todos los que están cansados de ver cómo el poder de todas las decisiones está en las manos de unos pocos, que además tienen el poder económico y la arrogancia de mirar a todos los que no son de su clase como sus "protegidos", o más descaradamente, como sus "siervos". En *La reunión* Colón dice: "Es la rabia de millones la que se apodera de mis palabras, rabia de ver cómo entre ustedes se reparten el mundo"

La reunión

De Trinidad González

Estrenada en mayo 2012. Teatro del Puente, Santiago de Chile.

Dirección: Trinidad González.

Elenco: Paula Zúñiga, Jorge Becker y Trinidad González.

Asistencia de dirección y composición musical: Tomás González.

Coproducción Teatro en el Blanco – Fundación Teatro a Mil – Teatro del Puente

(130). En ese sentido Colón nos representa a todos nosotros. A todos los que no pertenecemos a una clase protegida y privilegiada. Pero al mismo tiempo no nos representa. Si lo instalamos hoy, es el hombre que aspira a “ascender” socialmente y que cree justa cualquier forma de llevar a cabo su objetivo, aunque eso signifique pasar por encima de otros. Un “arribista”, un hombre lleno de complejos que terminará copiando las maneras de proceder de quienes critica y “esclavizará” a los de su misma clase.

Me pareció muy importante establecer entre ellos una complicidad tácita, una intimidad profunda que en el fondo los hiciera “iguales”. Hay en el texto algunas insinuaciones a una situación romántica o erótica entre ellos, porque me pareció importante ahondar en la imagen del poder abusivo y corrupto, donde muchas de las decisiones fundamentales que nos involucran a todos se toman con un whisky en la mano o, más vulgarmente, dentro de la cama.

El actor y su personaje

Sentar a la Reina Isabel y a Colón a conversar no tiene ningún atractivo si es que ellos no hablan o actúan con códigos contemporáneos que hagan de su conversación algo contingente. En ese sentido la forma de representarlos debe ser cercana y concreta. Desde la primera lectura del texto, el hincapié de la dirección estuvo puesto en que los actores hicieran suyas las palabras, sin buscar al “personaje”, sino a las ideas del texto y la resonancia de esas ideas en cada actor. La obra es una gran discusión y para ser creíble, las ideas deben estar defendidas por cada actor con absoluta propiedad. Los actores representan a estos personajes como si fueran ellos mismos, alejándose de cualquier pretensión forzada de “personaje”. Sus tonos vocales y gestos son los de dos personas de hoy, de este momento histórico, y esa naturalidad en la actuación permite que el público viva la fantasía de estar frente a los personajes originales, y así ser parte del “juicio” al que los sometemos desde el teatro, lo cual le agrega la cuota de irreverencia que necesita el teatro para existir.

En nuestra compañía Teatro en el Blanco, nos interesa un teatro de ideas, de reflexión y cuestionamiento, por eso desde nuestros dos montajes anteriores (*Neva* y *Diciembre*) hemos enfrentado la actuación de manera directa y natural. En *La reunión* trabajé la dirección de los actores desde el punto de vista de las ideas, no desde los estados anímicos o psicológicos. El personaje comienza a existir en la medida que expresa sus ideas, su visión del mundo, y el actor también tiene una visión del mundo, por lo tanto la convivencia de ambas visiones va conformando la fantasía de personaje. La actuación no fue enfrentada definiendo características físicas o psicológicas, sino ahondando en las ideas de cada uno y viendo la mejor forma de expresarlas. El choque de ambas posturas va produciendo el ritmo del montaje. Más que “personajes” me gusta hablar de “seres humanos”. Me gusta pensar que son seres concretos que se instalan en el escenario por hora y media. Seres que son y no son “personajes”, que son al mismo tiempo la Reina, Colón, y cada uno de nosotros.

Siempre me he sentido representada con una visión más existencial, donde el personaje representa a todos los seres humanos en esa situación y no solo a un individuo en particular. Representa a muchos y carga con el dolor y los sentimientos de todos ellos. En estas ideas radica mi visión mágica y ritual del teatro.

Era fundamental que los actores fueran alejándose de los prejuicios que tenían con respecto a la Reina y Colón. No podían “juzgarlos” desde dentro, sino defenderlos con todas sus contradicciones. Es el público el que debe juntar las piezas y formarse su propia opinión. La complejidad de ambos personajes solo podía aparecer si cada actor reconocía en él a un ser humano contradictorio y necesitado, y no a una maqueta o estereotipo que lo único que logra es mostrar una visión sesgada de la realidad. Los personajes no pueden ser “panfletos” vivientes, tienen que ser seres humanos en toda su expresión, tan queribles como odiables. Para alcanzar este objetivo, trabajamos en los ensayos insistentemente en el sonido de los textos, siempre intentando llegar a una forma muy cercana y reconocible, una forma que no aguanta sonsonetes ni conceptos previos. Mirar a los personajes desde dentro, incluso desde dentro de uno mismo como intérprete.

Precariedad y creatividad

Nuestra puesta en escena es muy precaria pero contundente. Tenemos solo lo que necesitamos para que la obra transcurra: una mesa, un telón como mantel, dos sillas, dos copas, una botella de vino, una vasija de metal, una cruz de alambre y una máscara de fierro. Trabajar con pocos recursos nos ha obligado a exigirnos mucho más creativamente en las soluciones de nuestros montajes, porque para nosotros la estética y su significado simbólico es muy importante. La puesta en escena de *La reunión* es limpia y rigurosa. Sin desconocer que el tiempo histórico de Colón e Isabel corresponde al Renacimiento, la obra se acerca a una “atmósfera medieval”, dando cuenta de una desolación y una carga casi claustrofóbica que rodea a la Reina, construyendo un lenguaje teatral contemporáneo y despojado. Es una suerte que el teatro necesite de tan poco para existir, de hecho, parte de su fuerza radica precisamente ahí. Sin gastar mucho dinero (*La reunión* nos costó alrededor de 300 mil pesos) montamos teatro serio y de calidad. No existen “excusas” para no hacer teatro, no hay barreras ni condiciones económicas que nos impidan expresarnos como artistas. Además, para quien hace teatro con pocos recursos, le es más fácil mantener autonomía, sin tener que lidiar con ningún tipo de censura de parte de algún patrocinador.

He visto en el extranjero montajes maravillosos, con grandes recursos técnicos, que me han dejado profundamente emocionada, pero no dejo de pensar que estos trabajos han sido producidos en países que pueden invertir grandes sumas en sus obras, porque no sufren de pobreza y desigualdad como nosotros. En Chile y en el resto de Latinoamérica vivimos una realidad totalmente diferente, por lo que creo que nuestro teatro no puede marginarse de ese contexto. Esto no significa que todo el teatro que se produzca en Chile deba ser hecho con poco dinero. No podemos privar al público de ver un gran espectáculo, pero sí nos obliga a ser más responsables como creadores. Podemos hacer obras de gran despliegue técnico, pero el teatro siempre debe sustentarse en las ideas.